

Tununa Mercado y la tomografía del exilio

Hernán Lavín Cerda

Un estado de memoria? Quizá un estado de bloqueo con filtraciones de la naturaleza del rayo láser: un bloqueo en celdillas, la psique bloqueada en celdillas, y de improviso la bienaventurada transfiguración más allá o más acá de la memoria, a partir de un lenguaje en estado coloidal o, mejor dicho, de la materia de la vigilia y de los sueños convertida en lenguaje buscándose, de fractura en fractura, a sí mismo, y transfigurándose y transfigurándonos en el viaje circular de su propia búsqueda.

Tomografía del espíritu en los abismos terrenales y celestiales que aparecen y desaparecen, se exhiben y se ocultan, a través de las páginas de esta novela, estas memorias de la más ambigua precisión, esta crónica corpuscular de la conciencia, este asomo al subconsciente, este asomo a las trampas de la fe en la razón no siempre pura, no siempre razonante, estos ensayos casi ficticios de Tununa Mercado que acaba de publicar, bajo el título de *En estado de memoria*, la Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México (febrero de 1992).

Tununa Mercado en su más alta mercadería del espíritu, si tomamos en cuenta que el espíritu es aquí mercader y viaja, como viajero inmóvil, sin jamás detenerse. Estratigrafía de la conciencia fracturada que se encuentra y se pierde y vuelve a encontrarse a sí misma en el fraseo a veces ríspido, a menudo en espiral, de su propio viaje: un viaje de exploración en zig-zag, un viaje en desviaciones casi jazzísticas, regresando siempre a los núcleos o disparadores o catapultas del instinto, razón y vórtice, pulso y vértice del relato. Ombligo pulsional de esta escritura.

Siempre tuve el palpito, como decían los antiguos, que la urdimbre existencial y lingüística de Tununa Mercado sería umbilicalmente obsesiva, lúcida y posesa, taumaturga y envuelta en raciocinio, opaca y fulgurante, de ambigüedades polifónicas, polianguulares y, paradójicamente, precisas hasta el delirio de persecución de lo real o, más bien, hasta el delirio de precisión de lo real e irreal, lo soñado en vigilia y lo vigilado en el sueño, como sucede por ejemplo en el óleo pintado por Richard Dadd en el manicomio de Broadmoor, durante nueve años, de

1855 a 1864. El cuadro es la visión de lo sobrenatural en el espejo de lo natural: un leñador de rostro invisible y a punto de descargar el hacha de piedra sobre el cuerpo indefenso de una avellana. Todo aparece microscópicamente detenido en el espacio de la obra, minuciosamente inmóvil: una telaraña de miradas y de corpúsculos que se tejen dentro de un paisaje de inverosimilitud profunda, precisa y muy real. Hay espera en aquel cuadro, angustia y humor; también hay una visión poliédrica y simultánea. Una población de *homo ritualis* diminutos, más que de *homo sapiens*. Enanismo fungiforme, como en aquellos hongos que son descubiertos e iluminados por Tununa Mercado en su texto *Celdillas*. La escritora confiesa que cuando los hongos múltiples y multiformes, múltiplos en sus formas, "estaban ante mí, a mis pies o a la altura de la mirada, desencadenaban la misma desesperación cuyo origen indefinido obligaba a apartarse del sitio lo antes posible".

"En los periodos de mayor sensibilización a este efecto, la realidad entera se presentaba distribuida en módulos enlazados entre sí formando vastas secuencias de materia". Luego el sujeto autobiográfico se detiene, reflexivo y puntilloso, invaginado y neuro-poético a la manera de Richard Dadd y de tantos otros, a la manera de sí mismo, estableciendo un monólogo casi desde el interior de una granada china o de una nuez de Castilla, "con los meandros y senos de sus circunvoluciones interiores", lo cual provocaba ansiedad y un intento, dice el sujeto de la escritura desde su bistrú atómico, "de explicarme los mecanismos con que unas y otras figuraciones se imprimían en mí y me afectaban. Espacios de encaje, cadenas que se aparean, combinatoria incesante de lo cóncavo y lo convexo, de geometrías en las que una línea disparada por el lápiz y al azar sobre el papel se repliega, espontánea, sobre sí misma y convoca a otra a encerrarse en su interior y aun a otra a rodearla y a reproducir, a su vez, con otras líneas quebradas en medio círculo, formaciones similares en un desarrollo creciente, constituían mi manía perpetua de encerrar y de abrir, de difractar y refractar las partículas de lo real [...] Podría haber buscado el modelo enceldillado en disciplinas diversas, indagar su

presencia en la naturaleza y en el arte, pero en ningún sitio habría encontrado el sentido del vértigo que me embargaba cuando aquél se manifestaba. La situación se tornaba persecutoria a medida que descubría que todo lo que me rodeaba estaba cubierto por esa película muelle, aprisionado en ese epitelio elástico y cariocinético, y comencé a intuir que podía quedar atrapada yo también en la obsesión reticular".

Corredores que ciñen o liberan: aperturas y cerraduras. El adentro y el afuera: el espacio de la claustrofobia y de la agorafobia. La latencia patológica y el exilio como disparador y reproductor de aquella latencia convertida en acto de mutismo, bloqueo de mutis por el foro, psique en reversa, psique afásica, o libérrima sedición verbal. Entre la afasia y la liturgia o la logística del logos en plenitud, transcurre, necrófilo y vital, el eros del exilio: lo presiento, lo sé, tal vez lo sé, lo siento en carne viva, lo intuyo a través del instinto de la llamada experiencia propia, más o menos propia.

Me detuve en el análisis de este aspecto, el de la monomanía de las células enceldilladas, el de la cocción de lo real en su punto intermedio, entre lo crudo y lo cocido, sin que lo real exceda sus límites o su equilibrio de cápsula en el estado justo de la materia. De otro modo, y bajo cualquier alteración, estallaban diversas manías y diversas fobias. "El punto del arroz, el punto de la carne, los puntos a los que se pretende llegar —confiesa la autora— y que si son sobrepasados rompen con el equilibrio del universo, eran los puntos de mi obsesión [...] No culminar, entonces, dejar a medias, dar a las cosas el margen de maduración, incidir sólo en las etapas iniciales de la evolución de un elemento y luego dejarlo abandonado a su propia inercia, no precipitarlo ni encerrarlo, eran las leyes de esa obsesión que colmaba todas mis intenciones y definía todos mis deseos. Pero había otra obsesión dentro del mismo cuerpo de análisis, correlativa de la anterior, que era desencadenada por la falta. La imposibilidad de llenar hasta el tope venía acompañada de una sensación de carencia, de despojo y de desnudez y digo los tres términos en una seguidilla porque creo que se cubren uno al otro".

Sospecho que de aquí arranca todo o casi todo: la descripción radiográfica de la sintomatología fóbica o monomaniática es, o puede ser, superado el espectro del bloqueo que siempre es una amenaza, un propulsor o catapulta de los estímulos creativos. Y ya sabemos que la literatura opera por compensación de una carencia, un despojo, una desnudez. El desequilibrio del alma —reino de la esquivia y equívoca psi-

que— es el núcleo genésico de esta escritura que oscila, pendularmente, entre dos polos: el que cataliza las desviaciones sensoriales, los impulsos de la ficción narrativa, de la voz poética, y el que concentra las reflexiones de una razón muy aguda, umbilical, de circuito casi cerrado, una razón perpleja, de miniaturista que ejecuta un tatuaje agobiante y doloroso en el paisaje de su propia pupila, una razón paradójica, en el límite de la profilaxis o la patología, la razón de los "locos divinos", los alumbrados, como eran conocidos en la Santa Rusia, la dos-toyevskiana, la Rusia más antigua. Una razón, en fin, perspicaz hasta el delirio de la suspicacia casi absoluta. Bisturí atómico el de Tununa Mercado, cerebralmente atómico: bisturí o rayo láser de lobotomía tomográfica del espíritu. Estilo de rayo láser hipodérmico, de circunvoluciones sensoriales, anímicas, senso-sentimentales. Estilo, amoroso y veloz, de rayo láser hipoencefálico.

Todo el libro ha sido tejido en el pretérito imperfecto de la memoria o en el subjuntivo de una memoria que hubiera podido ser y a veces fue, que a veces nunca fue. Libro de la memoria en desasosiego, en reposo virtual, en la trampa de una zozobra que aparece y desaparece como el espíritu de los desaparecidos de ayer, en la Argentina, cuando el horror era un espectáculo cotidiano. Dos polos geográficos y un corazón bicéfalo, dual como algunos dioses del mundo azteca: Argentina y México, unidos por el cordón umbilical del exilio nuestro de cada día. Libro escrito con mucho dolor y ánimo de resurrección impostergable, urdido con doloroso júbilo desde las profundidades onfálicas del exilio, allí donde las pesadillas son también el pan nuestro, fueron el pan de los equívocos, la levadura del absurdo en esta segunda mitad hemipléjica del siglo XX, el siglo del átomo, del cine jocosamente mudo, de los antibióticos, del Sida cabalgando en el virus del disfraz veloz y clandestino, el siglo de la esperanza y el desconsuelo, de la esclerosis cosificante y la morbilidad escatológica, el siglo de las ilusiones grupales y las desilusiones egocéntricas, el siglo de la música de Astor Piazzolla que ahora escucho desde México, con lluvia, la escucho desde Santiago de Chile, también con lluvia, *Adiós nonino*, agosto de 1971, ¿qué haces, dónde estás, qué haremos?, *Violentango*, *Biyuya*, nos persiguen, apaguemos la luz, cómo chilla esa ambulancia, *Tristango*, chao, veámonos en el bar donde iban esos muertos y esos ausentes, *El frío que no llega*, *Lumiere*, *La especie furtiva*, *Largo tangáble*, "y ésa era la calle y la esquina donde yo esperaba, a diario, el co-

lectivo para volver a mi casa y era, sobre todo, la esquina de la casa de Rodolfo Walsh, su propio edificio —recuerda Tununa Mercado—, al que yo solía ingresar también todos los días y al que ahora, tomada por la gran e instantánea recuperación, entraba solamente para marcar el hito de mi regreso a Buenos Aires... En ese lugar que no había podido ver esos meses yo había trabajado varios años: era el diario del que me fui, del que se fueron muchos y en el que murieron otros tantos durante la gran represión..." *Cuerpo de pobre*, *Persecuta*, *Curriculum*, *Casas*, *Solitude*, *Oráculos*, *Intemperie*, *Fenomenología*, *Tocata rea*, *Los pájaros perdidos*, *Pulsación*, *Mort*, *Whisky*, *María de Buenos Aires*, *Verano del 79*, *Tangata del alba*, *Orden del día*, *La enfermedad*, *Contramilonga a la funerals*, *Estafeta*, *El muro*. "Frente a la escalera volví a sentir a mis espaldas el perseguidor, pero ya no estaba Rodolfo para abrirme la puerta de su departamento y conjurar, con su picardía maligna, el reflejo paranoico".

Creo que en las páginas del libro *En estado de memoria* duermen, sobreviven y se despiertan algunos, tal vez muchos, los aún vivos y los aún muertos; duermen y se despiertan los fantasmas de lo que pudimos haber sido. En el esplendor y la desgarradura de esa memoria estamos todos, respiramos con ansiedad y alegría casi todos. Tununa Mercado escribió un libro conmovedor, terrible y amoroso, donde la inteligencia es capaz de temblar como un recién nacido o como una viuda precoz en la capilla fúnebre. Por estas páginas sopla el espíritu de casi todos los que algún día llegamos a México a través del exilio y, de vez en cuando, nos mordemos las uñas en un gesto de sordomudez aparentemente lúcida y de gloria casi póstuma.

¿Un estado de memoria? Hubiéramos querido decir tanto, mucho más, pero el eterno desliz de la psique en vigilia nos hace ver otros ángulos, aunque esos ángulos, así lo sueño, también conducen a Roma, y Roma es este libro de Tununa Mercado, esta tomografía del espíritu de los ausentes y los presentes, este verosímil y fantástico ultrasonido del alma colectiva donde aún nos reconocemos, de visión en visión, salvados del olvido. ◇

Tununa Mercado, *En estado de memoria*, UNAM, Dirección de Literatura, Serie "Rayuela Internacional", México, 1992. 133 pp.



Fondo de Cultura Económica

Carlos Fuentes EL ESPEJO ENTERRADO

CARLOS FUENTES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Gracias a *El espejo enterrado* la historia de los pueblos hispanohablantes se torna una sola, mediante el complejo poder de los espejos que Carlos Fuentes invoca en estas páginas inolvidables. *El espejo enterrado*, en esta edición del Fondo de Cultura Económica, se convierte en patrimonio de miles de lectores en América Latina y España, quienes encontrarán no sólo su propio rostro sino la procesión de máscaras que han forjado nuestra rica y múltiple identidad hispanoamericana.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

50 años
ANIVERSARIO